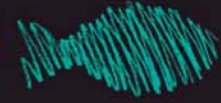




**S O Y**

**Prólogo por Dr. Díaz - Pabón**

Editor General  
de La Biblia del  
Pescador



**M I E M B R O**

**D E L A**

**I G L E S I A**



**T H O M S.**

**R A I N E R**

## Introducción



## La historia de dos miembros de iglesia

Hace unos meses, Miguel y Esteban comenzaron a reunirse los lunes a las seis de la mañana para desayunar juntos. En principio, pensaron que solo se reunirían una vez. Se habían conocido en un grupo de estudio bíblico para parejas que funcionaba en la iglesia. Por diversas razones, congeniaron de inmediato y comenzaron a hacerse buenos amigos. Cuando Miguel sugirió desayunar juntos aquel lunes de mañana, Esteban accedió con gusto.

Disfrutaron tanto ese tiempo que sus encuentros se convirtieron en una rutina semanal. Rara vez dejaban de encontrarse los lunes por la mañana.

Al principio, la conversación giraba en torno a los deportes, la familia y la política. Tenían mucho en común. Miguel tenía 41 años y Esteban, 39. Tenían tres hijos cada uno, y eran aficionados a los campeonatos universitarios de fútbol americano. Sus equipos estaban en la misma conferencia de fútbol, aunque eran rivales. A Miguel y Esteban les encantaba hablar pestes del equipo contrario, pero siempre con un espíritu amistoso.

Sin embargo, aquel lunes en particular, la conversación se tornó más seria. Miguel y su esposa habían notado algunos cambios en la actitud de su amigo en el grupo de estudio bíblico. Esteban parecía más interesado en hablar sobre la iglesia que en estudiar la Biblia y profundizar en ella. Hacía comentarios críticos sobre la congregación a la que pertenecían ambas familias.

Así y todo, aquel lunes por la mañana, la conversación tomó por sorpresa a Miguel. A Esteban le encantaban los huevos poché del pequeño restaurante; era lo que pedía siempre. Esa mañana, no había probado ni un bocado. Apenas había tomado unos sorbos del café.

Esteban no anduvo con rodeos.

—Miguel—comenzó—, Ana y yo hemos decidido dejar la iglesia.

La pausa pareció extenderse durante varios minutos. Ninguno de los hombres parecía saber a quién le correspondía hablar. Miguel tomó la iniciativa y preguntó delicada y directamente.

—¿Quieres contarme por qué?

No sabía realmente si su amigo deseaba darle explicaciones; parecía muy decidido. Sin embargo, Esteban comenzó a describir cómo se sentía y a justificar su decisión.

—Ana y yo íbamos a la iglesia para profundizar en las verdades sobre la Biblia. Pero el pastor Roberto simplemente no nos está alimentando. Sus mensajes ya no nos llegan. Ir al culto los domingos por la mañana no es más que una pérdida de tiempo.

Miguel no respondió. Sabía que Esteban tenía más para decir.

—Hay mucha gente excepcional en la iglesia —continuó Esteban—. Tú y Karen son los mejores, y hay algunos más como ustedes.

Hizo una pausa, y continuó con expresión aún más seria.

—Pero, con toda sinceridad, Miguel, nuestra iglesia está llena de hipócritas. ¿Escuchaste a Juan en el partido de básquetbol de los chicos? Sentí vergüenza ajena por cómo les gritaba a los árbitros. ¿Qué clase de testimonio cristiano es ese? Y, por supuesto, todo el mundo sabe lo de Dante. Supuestamente era un pilar de la iglesia, y ahora nos venimos a enterar de que hace un año que engaña a su esposa. ¿Qué clase de iglesia es esta, con gente así?

Esteban estaba enojado, pero se contenía, mientras seguía descargando su frustración.

—Mira, el pastor Roberto parece interesarse por nosotros, aunque no estoy tan seguro. Le dije que el padre de Ana estaba internado porque lo iban a operar de una hernia, y nunca lo fue a visitar.

Miguel sabía que el padre de Ana no era miembro de la iglesia, y que vivía bastante lejos. También sabía que el pastor lo había llamado y orado con él. Pero entendió que cualquier refutación no sería apreciada en ese momento, así que se mordió la lengua.

Esteban empezó a dejar de despotricar y a calmarse. Parecía agotado, deseoso de poner fin a la conversación. Sin embargo, antes hizo algunos comentarios agudos y dos preguntas inteligentes.

—Miguel: tú, Karen y tus chicos, nos caen realmente bien. Son buenas personas, de verdad —comentó, e hizo una breve pausa—. Pero parecen estar fascinados con la iglesia. Se la pasan sirviendo. Colaboran siempre. No me malentiendas, pero a veces me pregunto si están ciegos y no ven todos los problemas que hay en la iglesia.

No sé si Esteban fue consciente de lo revelador que fue su último comentario:

—Sin duda, somos dos tipos diferentes de miembros de la iglesia. ¿Por qué? ¿Por qué tenemos perspectivas tan diferentes?

## La diferencia

A partir de nuestra investigación en 557 iglesias, entre 2004 y 2010, en 9 de cada 10 iglesias de Estados Unidos, la membresía está disminuyendo o creciendo a un ritmo más lento que la tasa de crecimiento de sus comunidades. Es decir, las iglesias están perdiendo terreno en su propia cancha.

Otra manera de entender este fenómeno es desde una perspectiva generacional. Casi dos tercios de la generación de preguerra (aquellos nacidos antes de 1946) eran

cristianos. No obstante, solo el 15% de los «milenialistas» (aquellos nacidos hacia fines del siglo XX) son cristianos. Es la generación más grande en la historia de Estados Unidos: representan unos 80 millones de personas nacidas entre 1980 y 2000. Prácticamente la hemos perdido.

Podemos culpar a la cultura secular; y con frecuencia lo hacemos.

Podemos responsabilizar a la política laica de nuestra nación. También optamos por esto.

Incluso podríamos echarle la culpa a las iglesias, a los miembros hipócritas y a los pastores indiferentes. Muchos cristianos hacen justamente eso.

Sin embargo, propongo que quienes somos miembros de iglesia nos miremos al espejo. Tengo la impresión de que las congregaciones en todas partes se han debilitado porque muchos de nosotros, los miembros de las iglesias, hemos olvidado lo que bíblicamente significa ser parte del cuerpo de Cristo.

Nos incorporamos a una iglesia con la expectativa de que allí nos servirán, alimentarán y cuidarán de nosotros.

No nos agradan los hipócritas en la iglesia, pero somos incapaces de ver nuestras propias hipocresías.

Dios no creó la iglesia local para que fuera un club de campo, un lugar exclusivo con privilegios y ventajas para sus miembros.

Nos puso en las iglesias para servir, para cuidar a otras personas, para orar por las autoridades, para aprender, para enseñar, para dar y, en algunos casos, para morir por causa del evangelio.

Muchas iglesias están débiles porque algunos hermanos no entienden en absoluto lo que significa ser miembro, o lo entienden mal. Es hora de aclarar esto, y de participar de la iglesia como Dios quiere. Ya es hora de dar, y de dejar de reclamar derechos.

## La travesía

Quisiera que me acompañaras en este viaje de descubrimiento o de redescubrimiento del privilegio y el gozo de pertenecer a una iglesia. Pero antes de enredarte en lo que significa ser miembro de una iglesia, lee primero el siguiente capítulo breve. Después, encontrarás a lo largo del libro seis pasos para dar con cuidado y en oración. Una vez dado cada paso, estemos dispuestos a asumir un compromiso, un verdadero compromiso con nuestra iglesia.

Cuando termines esta travesía, seguramente habrás conseguido dos cosas. Primero, tendrás una actitud nueva o renovada hacia tu iglesia. Habrás aprendido el gozo de ser el último en vez de procurar ocupar siempre el primer lugar. Ya no serás un cascarrabias que se queja todo el tiempo de lo que está mal en tu iglesia, sino que tendrás una visión de unidad que procura lo mejor para la congregación.

Segundo, tu iglesia comenzará a cambiar. Será más saludable porque uno de sus miembros gozará de mejor salud. Y a medida que la iglesia recobre su salud, tendrá un mayor impacto en su comunidad y en el mundo.

Tal vez descubramos que nuestra nación está en muy mal estado porque nuestras iglesias no gozan de buena salud, y nueve de cada diez iglesias están perdiendo terreno.

Eso puede cambiar. Contigo. A partir de ahora mismo.

Yo soy miembro de la iglesia.

En estas páginas descubrirás qué significa eso realmente. Espera ver cambios en tu vida. Prepárate para ver cómo cambia tu iglesia. Observa el impacto de tu iglesia en la comunidad y, por qué no, en el mundo entero.